POBRES REINAS

Seudónimo: Lenz

No sé si seguir llamándote “mi querida Andrea”, ex amiga o tal vez desconocida amiga, pero esta noche necesito escribirte, reconciliarme con las vivencias que nos hicieron cómplices un día y que ahora evoco con nostalgia.

Fuimos amigas, casi hermanas desde la infancia, estudiamos en el mismo colegio, seguimos con nuestra entrañable relación de adolescentes hasta que comenzaste a salir con Aurelio, el amor de tu vida, o eso creías. Cuando vuestra relación se rompió intenté calmar tu dolor, tu vacío e incluso renunciando al resto de las amigas del grupo para estar al cien por cien contigo. No quería que nada me distrajera del consuelo que te debía. No soportaba verte triste y deprimida.

Recuerdo aquellas tardes en las que dedicábamos las horas a hablar de cine, a ver películas, como por ejemplo, el día que alquilamos en el videoclub, *Lo que el viento se llevó* y luego comentamos el argumento. Cuánto nos reíamos tergiversando la mítica frase de aquel peliculón “Pongo a Dios por testigo que mientras haya oficios jamás volveré a pasar hambre”. Aprendí mucho de cine contigo y te lo agradezco, igual que a leer de manera pausada y con recreo (yo que acostumbraba a hacerlo de carrerilla). Sin embargo tú me decías que los libros había que saborearlos igual que una buena canción: nota a nota, línea a línea, leer unos capítulos, pararnos a pensar y procesar lo leído, retroceder unas páginas para coger el hilo de la lectura y finalmente, para que no se me olvidara, me sugerías que hiciera un resumen de todo el libro y lo escribiera en un papel para dejarlo dentro de sus páginas.

Por ti fui capaz de darlo todo, me hiciste ver el mundo de otro color. Irremediablemente te admiraba y creo que de alguna manera, fui feliz.

¡Cuántas veces discutí con mis padres por estar un rato más contigo! Fíjate, que hasta llegué a pensar que mis emociones hacia ti eran el producto de un amor físico, aunque nunca hasta hoy me atreví a pensarlo en voz alta ni a escribirlo.

Cada vez que me sugerías cualquier cosa nueva como aprender a bailar sevillanas, tomar café en terrazas, dejar de asistir a discotecas, disfrazarnos en el carnaval de pobres o de reinas, viajar a lugares para mí impensables o quedarnos durante horas en silencio, escuchando las palabras del mar, yo me sentía importante. Con tus extravagancias y las mías me convertí poco a poco en tu muñeca de trapo, en tu bufón, en la cómplice sumisa de tu felicidad. Había una emoción extraña y adictiva en la sensación de sentir tus hilos manejándome.

Pero nada es eterno ni dura para siempre. No podría precisar las razones que le dieron aquel drástico giro a nuestra historia, pero sí recuerdo que discutimos sin discutir y rompimos nuestra amistad. También recuerdo que tuvo que ver mi relación con Sergio; tú no te fiaste de él (posiblemente tenías razón). No pudiste soportar que repartiese mi amor con otras personas. Ya no pudimos dar marcha atrás.

A pesar de la confianza que nos unía, nunca supe decirte cuánto significabas, por eso te escribo hoy.

Para mí, fuiste algo parecido a una diosa, una brújula que me guiaba hacia lugares desconocidos de los que no sabía regresar. No supe ponerle nombre a los sentimientos que me inspirabas. Ahora sé que fui idiota, que te amé sin saberlo.

 Hoy recuerdo con tristeza a Antonio Machado, y sus cartas a Guiomar (¡Las leímos juntas tantas veces!)

*"... Por eso la ausencia tiene también su encanto, porque al fin, es un dolor que se espiritualiza con el recuerdo de las presencias. Acaso todas las diferencias entre los hombres son de memoria y fantasía. Saber recordar, saber imaginar... Tal vez el amor no es más que eso, y donde eso acaba, comienza la materia, la muerte...”*